

Qué es el terrorismo.

Una guía didáctica¹



¹ La presente guía educativa hace referencia únicamente al terrorismo ejercido por grupos u organizaciones no estatales. El llamado "terrorismo de estado", aunque aparece mencionado, requeriría otras explicaciones y no es, por tanto, objeto de este estudio.

El terrorismo tiene una larga historia, sobre todo en Europa. En España lo sabemos bien: en los últimos sesenta años fueron asesinadas en nuestro país 1.429 personas, de las cuales 858 han sido víctimas de la organización terrorista ETA. A esta cifra hay que sumar los miles de heridos, de huérfanos, de familias rotas para siempre, además del incalculable daño ocasionado al desarrollo económico del país y, por tanto, la pérdida irreversible de oportunidades sociales e individuales.

Pero no sólo España. También el resto de Europa ha padecido en los últimos cincuenta años la lacra humana, social, política y económica que significa el terrorismo. De acuerdo con la mayor base de datos disponible hasta el momento sobre la actividad terrorista en el mundo, entre 1970 y 2015 se produjeron en Europa 7.000 atentados con al menos una víctima mortal.²

El daño que ocasiona el terrorismo no se reduce al número de víctimas directas que ocasiona —las personas asesinadas y heridas, además de sus familiares—, con lo que ello tiene de

irreparable. Los efectos del terrorismo alcanzan también, por el miedo y la incertidumbre que genera, al conjunto de la sociedad contra la que actúa. Sus consecuencias son muy diversas y de gran alcance, muchas de ellas son sumamente graves y no se agotan siquiera con el cese de la actividad criminal.

El daño que ocasiona el terrorismo no se reduce al número de víctimas directas que ocasiona —las personas asesinadas y heridas, además de sus familiares—, con lo que ello tiene de irreparable.

En los últimos treinta años, el terrorismo ha adquirido una nueva dimensión. Además de las distintas organizaciones terroristas que siguen actuando a un nivel más local o nacional (como en su momento fueron el IRA, en Irlanda del Norte, y ETA, en España), existe hoy un nuevo tipo de terrorismo, denominado global por su vocación transnacional, por su capacidad para actuar en países muy diversos y geográficamente muy distantes. Es el llamado terrorismo yihadista que, como veremos más adelante, presenta nuevas características que es necesario conocer.

² Ver Global Terrorist Database (GTD) en www.start.umd.edu

El desarrollo tecnológico y la globalización económica son dos de los factores —entre muchos otros— que han hecho posible la aparición de este nuevo terrorismo, que tiene una enorme capacidad de destrucción, tanto en términos de vidas personales como de daños a bienes materiales. Asimismo, sus consecuencias políticas a nivel mundial son de primer orden.

De ahí que sea más relevante que nunca saber en qué consiste el fenómeno del terrorismo, de dónde obtiene sus recursos, cuál es su impacto en las sociedades en que actúa y en el mundo en general, y cómo combatirlo con los recursos que ofrecen las leyes.



1. El problema de su definición

A pesar de su larga historia todavía hoy no existe una definición clara y unánimemente aceptada de qué es el terrorismo. Las razones de ese desacuerdo —entre quienes se han dedicado a su estudio y análisis— son muy diversas.

El terrorismo suele ser entendido, de una manera muy general, como “el uso de la violencia para la obtención de un fin político”. Ésta es una definición muy básica, cuya insuficiencia en seguida salta a la vista, porque de ese mismo modo podría definirse, por ejemplo, la guerra entre dos ejércitos o el combate de una guerrilla contra un ejército regular.

El terrorismo es algo más. Pero, ¿qué más es? ¿Es sólo un medio, es decir, una estrategia de lucha política, o puede ser también un fin en sí mismo? Otra pregunta relevante también: el hecho de que la violencia empleada por el terrorismo busque lograr determinados objetivos políticos ¿excluye que pueda ser considerado como un fenómeno criminal?

Lo que en verdad distingue al terrorismo de una guerra tradicional, por llamarla de algún modo, es su voluntad de modificar un estado de cosas a través del ejercicio

indiscriminado de la violencia y, por tanto, de la propagación del terror entre los miembros de la sociedad o sociedades contra las que actúa.

El terrorismo es, en ese sentido, mucho más un medio que un fin en sí mismo. Es decir, a excepción de algunos casos puntuales —como se verá más adelante—, la actividad terrorista no suele agotarse en el asesinato o la destrucción de bienes materiales, sino que busca algo más: el terror, el amedrentamiento, pero también el impacto que sus acciones tienen en los medios de comunicación y, por tanto, su presencia en el debate político. Así lo demuestra, a lo largo de la Historia, multitud de ejemplos de grupos y organizaciones que han recurrido —de manera puntual o sistemática— a tácticas terroristas en nombre de las reivindicaciones más diversas, ya sean de carácter nacionalista, religioso, contra una tiranía, etcétera. ETA en España y el IRA en el Reino Unido, las dos organizaciones terroristas que durante más tiempo han actuado en Europa, son buen ejemplo de ello.

Lo que une a todos los grupos y organizaciones que practican el terrorismo no son los fines por los que actúan o actuaron —que son tan diversos como las circunstancias

históricas nos permiten imaginar— sino el recurso a una estrategia de terror para modificar o desestabilizar el sistema político contra el que actúan. De ahí que el terrorismo pueda ser entendido, fundamentalmente, como un medio y no como un fin en sí mismo.

Esto no significa que no sea posible encontrar ejemplos de actos terroristas —extremadamente graves y muy recientes algunos de algunos de ellos— cometidos sin un objetivo político claramente identificable o por individuos aislados sin vínculos aparentes con grupos y organizaciones estructuradas. Tres ejemplos de ello, entre muchos otros, son: el atentado contra la AMIA (Asociación Mutual Israelita Argentina) en Buenos Aires, Argentina, en julio de 1994, en el que murieron 85 personas y 300 resultaron heridas; el atentado cometido por Timothy McVeigh contra un edificio público de la ciudad de Oklahoma en abril de 1995, que causó la muerte de 168 personas, entre ellos 90 niños, e hirió a otras 700; y los dos atentados cometidos por Anders Breivik, en julio de 2011, en Oslo y Utoya, en Noruega, en los que murieron 77 personas, la mayoría jóvenes en un campamento de verano. El terrorismo no es solo obra de grupos u organizaciones, sino que también puede ser obra de individuos más o menos aislados.



La práctica del terror tampoco ha sido, ni es, un recurso exclusivo de grupos y organizaciones ajenos a los gobiernos: también éstos han recurrido al terrorismo a lo largo de la Historia, sobre todo a través de sus servicios de inteligencia.

Los llamados “crímenes de guerra”, que hacen referencia al asesinato indiscriminado de civiles y que son cada vez más frecuentes en los conflictos bélicos, también son prácticas terroristas.

Dos ejemplos del llamado “terrorismo de estado”, entre muchos otros, son la dictadura militar argentina de la década de 1970, que secuestró, torturó y desapareció a miles de personas, o el financiamiento de los GAL (Grupo Antiterrorista de Liberación) con fondos reservados del gobierno español en la década de 1980.

Tampoco las guerras se libran ya como se hacía antiguamente: dos ejércitos enfrentados en un cuerpo a cuerpo. Los llamados “crímenes de guerra”, que hacen referencia al asesinato indiscriminado de civiles y que son cada vez más frecuentes en los conflictos bélicos, también son prácticas terroristas. De ahí la complejidad y dificultad de distinguir cada vez más lo que sería una guerra convencional de una sucesión de prácticas terroristas envueltas en un discurso de confrontación entre dos partes en guerra.

2. El terrorismo en Europa y en el mundo

El término terrorismo, que deriva de la palabra latina *terrere* —temblar—, se empleó por primera vez durante la revolución francesa, a fines del siglo XVIII. Esto no significa que antes no hubiera habido en el mundo actos de terror con una intencionalidad política, pero sí fue entonces cuando se inauguró un período histórico —todavía vigente— en el que el terrorismo está presente, de manera recurrente, como forma de violencia política.

Los primeros grupos u organizaciones creados con el fin expreso de recurrir al asesinato de personas —sin que hubiese una declaración de guerra de por medio— para avanzar en el logro de sus fines políticos surgieron en Rusia, en las décadas de 1860 y 1870. Estaban formados sobre todo por estudiantes e intelectuales que aspiraban a terminar con el zarismo y remediar las miserables condiciones de vida del campesinado ruso. En las siguientes décadas florecieron —no solo en Rusia sino también en otras partes de Europa— pequeños grupúsculos fundamentalmente de orientación anarquista, socialista y nacionalista, dispuestos a intentar modificar el curso de los acontecimientos políticos recurriendo al terrorismo. Éste se manifestó sobre todo

en el asesinato de gobernantes o importantes personalidades políticas. Así, por ejemplo, fueron asesinados: el archiduque Francisco Fernando en 1914 —heredero del imperio austro-húngaro—, por nacionalistas serbios, con la grave consecuencia de que sería el detonante del estallido de la Primera Guerra Mundial; y el rey de Yugoslavia Alejandro I, en 1934, por la organización terrorista Ustacha, formada por nacionalistas croatas aliados del nazismo. También en Rusia, en 1881, había muerto asesinado el zar Alejandro II, lo que tendría graves consecuencias en el curso de la historia del país y del mundo. En España, en concreto, serían asesinados por anarquistas o pistoleros a sueldo tres presidentes del gobierno: Antonio Cánovas del Castillo, en 1897; José Canalejas, en 1912; y Eduardo Dato, en 1921. Eran, en general, organizaciones muy pequeñas —formadas por apenas unos pocos individuos— por lo que la falta de estructura organizativa y de apoyo social permitían que fueran fácilmente desarticuladas por la policía: de ahí que su duración fuera breve. A pesar de ello, su impacto tanto político como psicológico fue muy relevante.

Pero el gran cambio en la manera de entender el terrorismo — como una estrategia legítima en la lucha política aún cuando ello implicara el asesinato indiscriminado de civiles— se

produjo en la segunda mitad del siglo veinte. El proceso de descolonización en Asia y África en las décadas de 1950 y 1960, así como la influencia de la revolución cubana en 1959, favorecieron que arraigara en ciertos sectores de la población —tanto en Europa como en América Latina y en Oriente Medio— la idea de que el terrorismo no solo era una estrategia válida y “justa” en la lucha política, sino que también podía ser un instrumento eficaz para lograr los propósitos políticos buscados.

Con ese espíritu se crearon numerosas organizaciones terroristas que actuaron durante las décadas de 1970 y 1980. La lista es muy larga. Aunque la mayoría eran pequeños grupúsculos “revolucionarios” con escasa capacidad operativa —pero igualmente dañinos—, otras llegaron a convertirse en verdaderos grupos armados capaces de amenazar la estabilidad de las democracias contra las que actuaron. Entre la maraña de grupos que actuaron en esos años y hasta bien entrada la década del 2000 (como fue el caso de ETA), las organizaciones terroristas más activas y que más víctimas mortales y heridos ocasionarían en Europa occidental fueron: ETA en España, el IRA en Irlanda del Norte, la Fracción del Ejército Rojo (RAF) en Alemania y las Brigadas Rojas en Italia.



Su ideología era diversa, oscilaban entre el nacionalismo radical (ETA y el IRA) y el socialismo en su versión marxista-leninista (RAF y Brigadas Rojas). El IRA, además, tuvo un trasfondo religioso por los conflictos entre la mayoría católica y la minoría protestante del norte.

En esa segunda mitad del siglo veinte también actuaron en Europa —causando centenares de víctimas mortales y una grave agitación política y social— diferentes organizaciones vinculadas a conflictos que se desarrollaban fuera del territorio europeo. Ese fue el caso del Ejército de Liberación Nacional (ELN) de Argelia, la Organización para la Liberación de Palestina (OIP), además de otros grupos pro palestinos y el Ejército Secreto Armenio (ASALA), entre otros. El secuestro de personas y aviones formó parte también de las tácticas terroristas de estas organizaciones.

Asimismo, surgieron grupos de extrema derecha, como Orden Nuevo (*Ordine Nuovo*) en Italia, que sería responsable del atentado más sangriento cometido hasta entonces en Europa: en agosto de 1980 estalló una bomba en la estación de Bolonia (Italia) causando la muerte a 85 personas e hiriendo a más de 200. Otros grupos terroristas también activos en esas décadas serían los GRAPO en España, la OAS en

Francia (que defendía la colonización francesa en Argelia), además de diversas organizaciones unionistas en Irlanda y grupúsculos de extrema izquierda en Italia.

Se calcula que entre 1970 y 1979 murieron asesinadas en el conjunto de Europa occidental alrededor de 2.600 personas, y entre 1980 y 1989 alrededor de 2.200.

De este modo, las décadas de 1970 y 1980 fueron especialmente aciagas en cuanto al número de víctimas ocasionadas por el terrorismo. Se calcula que entre 1970 y 1979 murieron asesinadas en el conjunto de Europa occidental alrededor de 2.600 personas, y entre 1980 y 1989 alrededor de 2.200. A ello hay que sumarle los miles de heridos, la destrucción de bienes materiales y el enorme impacto emocional en la población, que es siempre difícil de evaluar aunque sus consecuencias sean muy reales y duraderas. El asesinato del presidente del gobierno español, Carrero Blanco, por ETA en 1973; el asalto y la toma de rehenes en la sede de la OPEP en 1975 por un llamado “Brazo de la Revolución Árabe”; el secuestro del avión de Air France en 1976 —que volaba de Tel Aviv a París— por



el Frente para la Liberación de Palestina (FPLP) en unión con la Fracción del Ejército Rojo alemán (RAF), o el secuestro y posterior asesinato del ex primer ministro italiano, Aldo Moro, por las Brigadas Rojas en mayo de 1978, fueron algunos de los actos terroristas con más proyección mediática que sacudieron entonces a Europa. Luego llegarían también la mencionada masacre de Bolonia en 1980, el atentado de Hipercor cometido por ETA en 1987 —que causaría la muerte a 21 personas además de decenas de heridos—, o las 29 personas asesinadas en Omagh, Irlanda del Norte, por el IRA Auténtico en 1998. Fueron los llamados “años de plomo”.

La capacidad del terrorismo para causar en ese tiempo un número tan elevado de atentados y de víctimas fue resultado de varios factores. En primer lugar, la ausencia de medios tan sofisticados como hoy existen para la identificación y el seguimiento de posibles terroristas dificultaba mucho tanto la desarticulación de los grupos como la capacidad para prevenir los atentados; por otra parte, el clima político de esos años permitió que incluso una organización relativamente pequeña, como por ejemplo Brigadas Rojas, fuera capaz de reclutar a más de medio millar de militantes: su organización en pequeñas células sin relación directa entre ellas —típica de las organizaciones de esta naturaleza— hacía muy difícil que la policía pudiera infiltrarlas o que de la detención de un grupo pudiera seguirse de manera inmediata la ubicación de otros; y, algo muy relevante, particularmente en los casos de ETA y el IRA, el amplio apoyo con que contaban en determinados sectores sociales del País Vasco y de Irlanda del Norte favoreció enormemente que pudieran actuar durante décadas.

No es casual que las dos organizaciones terroristas más longevas y mortíferas de Europa —ETA y el IRA— fueran también las que contaron con más apoyo social y tuvieran a mano una amplia red de simpatizantes que les proporcionaría cobertura ideológica y material. La actividad terrorista de estas

organizaciones no consistía sólo en la comisión de atentados, secuestros y extorsiones —algunos más indiscriminados y otros más directamente dirigidos contra determinadas personas—, sino también en el amedrentamiento callejero y entre vecinos. La llamada “kale borroka” (lucha callejera) en las calles y pueblos del País Vasco fue claro ejemplo de ello. El entramado terrorista en estos dos casos incluía a las bandas armadas, pero también a una red de apoyo formada por partidos y asociaciones políticas, culturales, deportivas...

Está bastante extendida, lo estaba en las décadas de 1970 y 1980, la idea de que el terrorismo era en el fondo la respuesta de minorías o sectores de la población que no tenían posibilidad de hacerse oír de otra manera. No obstante, la proliferación de grupos terroristas que actúan contra democracias bien consolidadas —o en el caso de España, en vías de consolidación— demuestran lo contrario. El terrorismo es siempre una estrategia, una táctica de lucha, que busca imponerse mediante la violencia y el amedrentamiento, con independencia de las razones o motivaciones que aleguen quienes lo practican.

Durante esas mismas décadas, en América Latina hubo también una intensa actividad de múltiples organizaciones terroristas. El caso más sanguinario fue el de Sendero

Luminoso, en Perú, un grupo de ideología maoísta que entre 1980 y 2000 causó la muerte a alrededor de 40.000 personas. También las FARC en Colombia, que habían surgido como una guerrilla, terminaron recurriendo al terrorismo, y provocando miles de muertos. El llamado “narcoterrorismo”, de un carácter más criminal que político, y cuyo máximo exponente fue Pablo Escobar, asesinó a miles de personas también en una guerra contra el Estado colombiano que no ganó. Argentina, Uruguay y Chile fueron también en ese tiempo objeto de múltiples atentados terroristas por parte de grupos armados que practicaban lo que se llamaba “guerrilla urbana”.

Aunque ahora se hable frecuentemente de “terrorismo internacional” para designar el carácter global del terrorismo yihadista —hoy activo en numerosas partes del mundo—, las distintas organizaciones armadas de la segunda mitad del siglo veinte no solo tenían ya vínculos entre sí sino que también obtenían apoyo y financiamiento de otros países. Libia y Siria fueron, en ese tiempo, el sostén económico de muchos grupos que actuaban en suelo europeo —sobre todo los que decían actuar en nombre de Palestina—, y es de sobra conocido, por ejemplo, el entrenamiento que numerosos militantes de ETA obtuvieron en Argel durante la década de 1980.

Lo que tiene de nuevo el terrorismo yihadista no es su carácter internacional, sino su capacidad para englobar bajo un mismo paraguas ideológico a grupos y organizaciones muy distantes geográfica y culturalmente, pero unidos por un mismo propósito: la yihad, la guerra santa. Es un terrorismo envuelto en un discurso religioso, pero tan político a fin de cuentas como han sido todos los terrorismos que lo antecedieron.

Los atentados cometidos por Al Qaeda el 11 de septiembre de 2001 en Estados Unidos —muy especialmente la retransmisión en directo del ataque contra las Torres gemelas de Nueva York— causaron tal impacto mediático en el mundo entero que suele considerarse como el punto de partida del llamado terrorismo yihadista. En realidad, éste ya venía actuando desde hacía por lo menos veinte años, sobre todo en Afganistán pero también en Europa y en Estados Unidos.

Al Qaeda —que se traduce como “La base”— es solo una de las muchas organizaciones terroristas que actúan en diferentes partes del mundo con el propósito de implantar una ideología religiosa derivada del Islam. La particularidad de Al Qaeda —con respecto a otras organizaciones terroristas— es que, aunque sus seguidores reconocieran al saudí Ben Laden como su principal líder, no tenía en 2001 ni tiene hoy

un núcleo centralizado. La organización creció al calor de la guerra librada en Afganistán entre 1978 y 1992 y en el contexto de la llamada “guerra fría”: recibió el apoyo de muchos países, entre ellos Estados Unidos.

Posteriormente, se expandió por el mundo organizado en células y grupos locales con autonomía financiera y también política, aunque compartiendo siempre el objetivo de implantar un nuevo orden mundial basado en la *sharia* o ley islámica. Así, los atentados del 11 de marzo de 2004 en Madrid —que



causaron la muerte de 193 personas y más de 2 000 resultaron heridas— fueron obra de una célula formada por ciudadanos marroquíes de obediencia a Al Qaeda. Igualmente, en 2007 se creó la organización terrorista AQMI (Al Qaeda del Magreb Islámico), muy activa en todo el norte de África y que recientemente se ha aglutinado con otros grupos yihadistas de la región para crear una única organización.

En Asia y África, muy especialmente durante las últimas dos décadas, se ha agravado la presencia de grupos terroristas de ideología yihadista con el resultado de miles de muertos y heridos.

Asimismo, y a raíz de la invasión de Irak por parte de Estados Unidos en marzo de 2003 y la guerra civil en Siria que comenzó en 2011, han ido surgiendo en los últimos años numerosos grupos yihadistas de diferente índole en Oriente Medio, algunos con propósitos más locales y otros de mayor alcance. Éste ha sido el caso de Daesh —también conocido como Estado Islámico—, que, a diferencia de Al Qaeda, llegó a tener, al menos hasta finales de 2017, el control de un

amplio territorio, entre Siria e Irak, lo que le permitió recaudar impuestos e imponer sus propias leyes.

También en Asia y África, muy especialmente durante las últimas dos décadas, se ha agravado la presencia de grupos terroristas de ideología yihadista con el resultado de miles de muertos y heridos. Boko Haram en Nigeria y los talibanes en Afganistán son algunos de ellos, pero también ha habido muy graves atentados en Bali (Indonesia), Kenia, Egipto, etcétera.

La fuerte irrupción de este nuevo tipo de terrorismo está vinculada no solo a la facilidad para obtener armas muy potentes por parte de organizaciones e individuos, sino también a la expansión de las redes sociales, que facilitan el adoctrinamiento y reclutamiento de militantes. Así ha sido cómo Daesh, por ejemplo, ha podido reclutar en los últimos años miles de europeos —la mayoría de origen musulmán— dispuestos a inmolarse en su propia tierra, en Europa, o a unirse al llamado Estado Islámico en Siria e Irak. Los atentados en Francia en 2015, en Bruselas en 2016 o en Barcelona en 2017 fueron consecuencia de la penetración ideológica del yihadismo, que se extiende no a partir de la pertenencia a un determinado país o nación sino a través de la religión: de ahí su denominación de “terrorismo global”.

3. Cómo se financia el terrorismo

Al igual que cualquier otra actividad humana, el terrorismo también requiere de recursos para financiarse y poder operar. Necesita recursos humanos —esto es, personas dispuestas a cometer los actos terroristas en sí y otras más que presten el apoyo logístico necesario—, pero necesita también capital, bien sea en forma de dinero o bienes, para adquirir armas, explosivos, alquilar casas, coches, comprar silencios y lealtades, etcétera.

Del mismo modo que el terrorismo ha ido evolucionando en su forma de actuar, en los objetivos que persigue o en la forma de reclutar a posibles militantes, también ha cambiado en su forma de financiarse. El terrorismo europeo de las últimas décadas del siglo veinte —como el de ETA, IRA, Brigadas Rojas, RAF— obtenía sus recursos sobre todo del robo de bancos, de la extorsión a grandes y pequeños empresarios y comercios (el llamado “impuesto revolucionario”, según la terminología empleada por ETA), del pago por la liberación de personas secuestradas, así como del contrabando de tabaco



y armas e incluso del tráfico de drogas. En el caso concreto de ETA y el IRA —precisamente debido al apoyo social con que contaban—también obtuvieron importantes recursos procedentes de las donaciones que les entregaban sus simpatizantes por diferentes vías: ETA se financiaba también a través de las llamadas “herricko tabernak” (tabernas del pueblo), que recaudaban dinero entre la población que luego hacían llegar a la organización terrorista; en cuanto a el IRA es bien sabido que obtuvo asimismo grandes cantidades de dinero procedentes de donaciones de asociaciones y simpatizantes irlandeses que habían emigrado a Estados Unidos.

Por su parte, el terrorismo yihadista ha sabido adaptarse de forma muy eficaz al cambio tecnológico y a las nuevas circunstancias globales. El origen muy diverso de sus recursos dificulta mucho su persecución. Además del financiamiento que obtiene de negocios legales —comercios, industrias y las múltiples organizaciones caritativas que gestionan y a través de las cuales obtienen donaciones privadas—, una parte muy importante de esos recursos proceden de un sinnúmero de actividades ilegales: tráfico de drogas, de armas y de personas; juegos on line; fraudes con teléfonos móviles y tarjetas telefónicas, como se comprobó en los atentados de Madrid en marzo de 2004, secuestros y extorsiones, etcétera.

El terrorismo yihadista se ha nutrido, además, del financiamiento directo que al menos hasta hace poco recibía de Estados afines ideológicamente: tanto Qatar como Arabia Saudí han sido importantes financiadores de Daesh y Al Qaeda. En el caso de Daesh —o Estado Islámico— el control territorial le permitió además obtener sustantivos recursos del comercio ilegal de petróleo, gas y armas.

Se calcula que la economía informal representa hoy una cuarta parte del intercambio y las transacciones de la economía mundial, por lo que las posibilidades que tienen las organizaciones terroristas de financiar sus actividades son enormes. Valga como ejemplo que el 10% del tabaco que se vende en Europa es de origen ilegal, por lo que los beneficios que genera son totalmente opacos y no están sujetos a ningún control oficial.

El control de los recursos que obtiene el terrorismo es uno de los factores más importantes para neutralizar y prevenir posibles atentados. El 28 de septiembre de 2001 el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas aprobó —como consecuencia de los atentados contra las Torres Gemelas— la resolución 1373. Esta resolución obliga a todos los países miembros a adoptar medidas contra quienes cometan actos terroristas y



los apoyen, lo cual significa, entre otras cosas, la obligación de congelar sus bienes, así como impedir que obtengan nuevos recursos. De ahí que en los últimos años se haya desarrollado una extensa legislación internacional para el control del origen real del dinero y evitar el blanqueamiento de capitales, es decir, la inyección de recursos obtenidos ilegalmente en el sistema financiero legal.

El combate eficaz contra el terrorismo requiere la acción nacional e internacional en muchos frentes distintos: el educativo es uno de ellos —la conciencia, por ejemplo, de su adoctrinamiento a través de las redes sociales—, pero también de manera fundamental la lucha contra el origen, legal o ilegal, de los recursos con que se financia.

4. El impacto social e individual del terrorismo y cómo combatirlo

Todos y cada uno de los atentados terroristas que se cometen en el mundo tienen un profundo impacto tanto en el entorno en que suceden como en el ámbito internacional. El desplazamiento, en los últimos veinte años, de la actividad terrorista hacia países de África y Asia puede impedirnos ver con claridad desde Europa la magnitud de la amenaza que supone para las regiones y los países afectados. Basta saber, para hacernos una idea, que solo en el año 2016 fallecieron en el mundo 25 673 personas en atentados terroristas, en 77 países, y que el 75% de ellas se produjeron en únicamente cinco países: Irak, Afganistán, Nigeria, Siria y Pakistán.³ El noventa por ciento de ellas eran musulmanas.

La falta de recursos de estos países para dotarse de los mecanismos y sistemas de prevención y seguridad en contra del terrorismo es un problema que va más allá de sus fronteras, no sólo por el altísimo número de víctimas que provoca sino

³ Global Terrorism Database (GTD).

porque esa misma debilidad permite asimismo el fortalecimiento y la expansión de las organizaciones terroristas que los acosan.

En cualquier caso, por muy fuertes que sean el Estado y la sociedad contra los que actúa el terrorismo, éste produce siempre inestabilidad política. En Europa, en el siglo pasado, la amenaza terrorista llegó a ser un verdadero problema político —no solo policial y judicial—, pero la fortaleza de las instituciones democráticas, incluso en el caso de la recién democratizada España, resistieron sin fisuras el embate. Pero cuando el Estado o la sociedad son débiles, políticamente hablando, la amenaza terrorista de cambiar un orden de cosas puede ser muy real y sus efectos, devastadores.

El conocimiento que tenemos en España sobre los efectos sociales e individuales que puede llegar a causar el terrorismo nos permite pensar e imaginar lo que sucede, también en ese terreno, en otras regiones del mundo. Las víctimas mortales que causa, los heridos, las familias que quedan rotas para siempre, son la principal consecuencia irreparable: un duelo personal que solo puede ser aliviado si el conjunto de la sociedad comprende el sufrimiento de las víctimas y entiende que su pérdida atañe a toda la sociedad en su conjunto. Porque el

El terrorismo genera miedo e inseguridad mucho más allá de ahí donde golpea, atenta contra nuestra libertad política y civil, y puede llegar a modificar nuestras costumbres y forma de vivir.

terrorismo genera miedo e inseguridad mucho más allá de ahí donde golpea, atenta contra nuestra libertad política y civil, y puede llegar a modificar nuestras costumbres y forma de vivir. Genera también incertidumbre económica, lo que amenaza al bienestar de todos, y puede llegar a tener como resultado la pérdida de inversiones con la consecuente pérdida de oportunidades de empleo y de desarrollo económico.

En determinadas circunstancias, el terrorismo a gran escala puede generar también desplazamientos de población, o puede ser la causa —como sucedió en el País Vasco— de que quienes se saben víctimas potenciales huyan de sus lugares de origen en busca de seguridad.

A pesar del gran número de personas asesinadas y heridas en atentados terroristas en Europa en la segunda mitad del

siglo xx, sólo en los últimos años —a raíz de los atentados yihadistas en Europa— se ha comenzado a cobrar una verdadera conciencia colectiva de lo que supone haber sufrido un atentado terrorista, las secuelas que eso conlleva. De hecho, el concepto de víctima se ha ampliado para incluir no sólo a las personas asesinadas y sus allegados, sino también a los testigos obligados a presenciar tales actos de violencia.



El reconocimiento de las víctimas en el conjunto de Europa es fundamental porque permite entender que uno mismo podría haber sido una de esas víctimas, que no hubo nada inevitable en ello sino que fue obra de la voluntad de quienes quisieron, o quieren, cambiar un estado de cosas por medio de la violencia contra algunos y el amedrentamiento de todos. Que frente al terrorismo no cabe la indiferencia o la inacción.

El combate contra el terrorismo requiere no solo firmeza política, sino también la cooperación policial y judicial internacional, el intercambio eficaz de información, la comunicación permanente. Requiere la dedicación de recursos humanos y materiales que permitan la prevención de posibles atentados y aseguren nuestra libertad de movimientos. La educación, la formación en los valores que acentúan la convivencia, la igualdad social y la tolerancia dentro del marco de la ley, son también elementos fundamentales en el combate contra el fanatismo. El terrorismo no es invencible, al contrario. En España y en el resto de Europa se le pudo vencer. Ahora estamos frente a otro tipo de terrorismo que tampoco es invencible. Saber, tener conciencia, de que cuando alguien mata a otra persona para imponer su ideario o forma de pensar está, en verdad, atentando contra la libertad de todos, es parte inexcusable de esa lucha.

ACTIVIDADES

1 Busca un testimonio o una entrevista con una víctima del terrorismo —bien sea un familiar de una víctima mortal o alguien que resultara herido— y escríbele una carta: ¿qué le dirías?

.....

2 Escoge un país que haya sufrido el terrorismo y analiza qué consecuencias sociales, políticas y económicas ha tenido para el mismo.

.....

3 Investiga sobre un atentado terrorista. Busca información en la prensa sobre ello y hazte las siguientes preguntas: ¿quién o quienes cometieron el atentado y con qué propósito? ¿Qué consecuencias tuvo? Expón en clase tus resultados empleando el material audiovisual que consideres relevante.

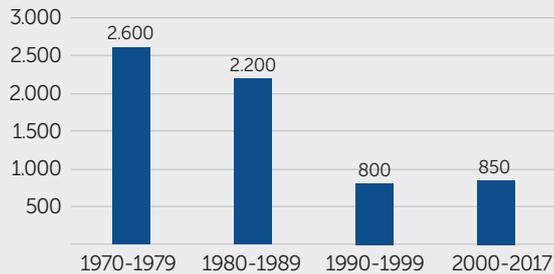
.....

4 Lee el siguiente artículo publicado por el diario El Mundo el 22 de agosto de 2017 sobre los atentados cometidos en Barcelona cinco días antes, el 17 de agosto: “La familia de Pau Pérez: El reconocimiento como víctima alivia”, escrito por Ana María Ortiz.

<https://www.elmundo.es/cataluna/2017/08/22/599b4adc468aeba84a8b45b1.html>

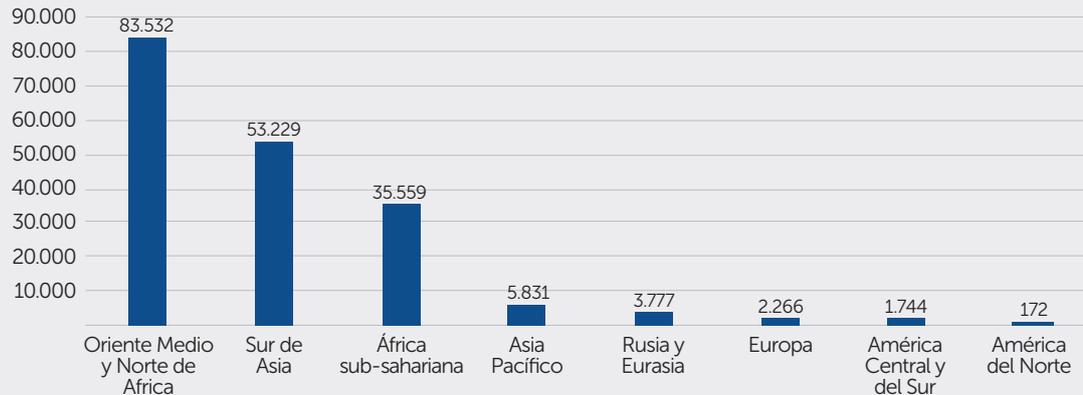
¿Por qué crees que es importante que se le reconozca como víctima?

Número de personas asesinadas por ataques terroristas en Europa occidental entre 1970 y 2017¹



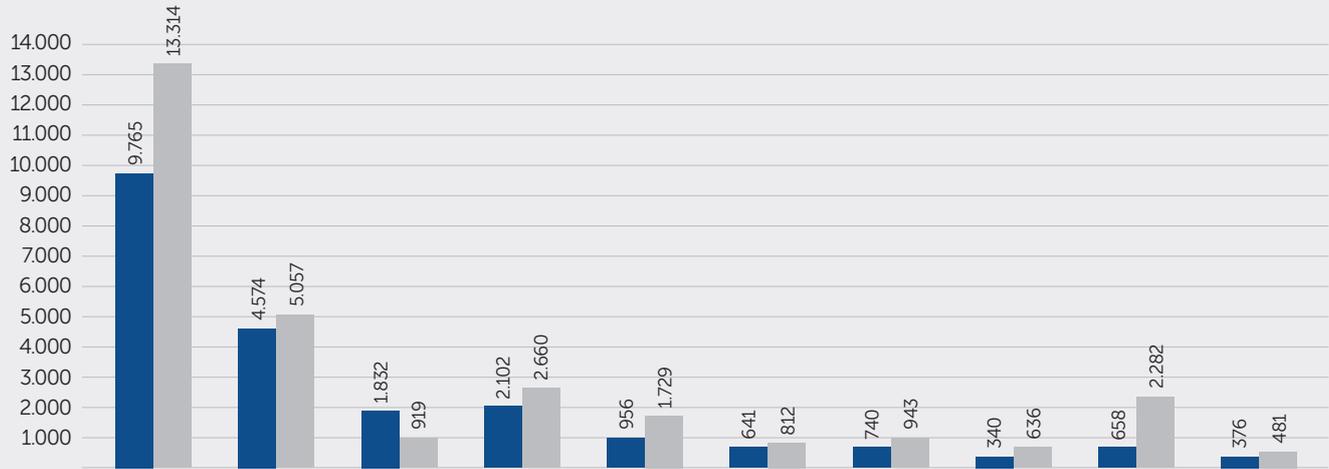
¹ Elaboración propia con base en los datos proporcionados por Global Terrorism Database (start.und.edu) y Europol. Datos estimados.

Número de víctimas mortales por regiones del mundo entre 2002 y 2016*



* Global Terrorism Index 2017, creado por el Institute for Economics and Peace, y basado en el Global Terrorism Database (GTD).

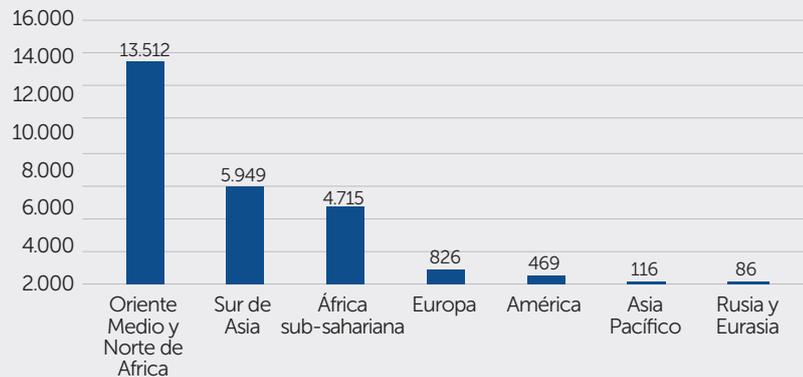
Los diez países con mayor número de víctimas mortales y heridas por terrorismo en 2016*



* Global Terrorism Index 2017, creado por el Institute for Economics and Peace, y basado en el Global Terrorism Database (GTD).

■ Víctimas mortales
■ Heridos

Número de víctimas mortales por terrorismo en 2016 según regiones del mundo*

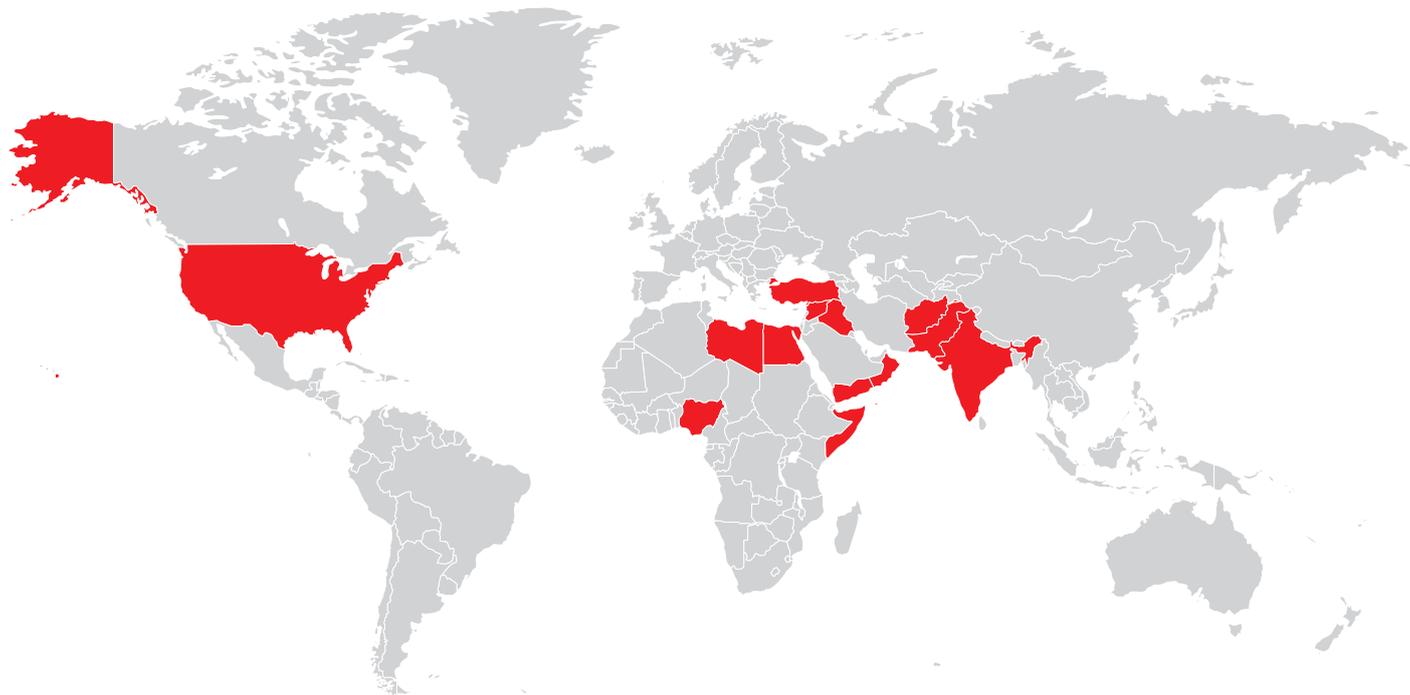


Los diez países con mayor número de víctimas mortales por terrorismo entre 2000 y 2016*

Irak	60.324 víctimas mortales
Afganistán	27.299 víctimas mortales
Nigeria	18.914 víctimas mortales
Siria	8.486 víctimas mortales
Pakistán	15.908 víctimas mortales
Yemen	4.253 víctimas mortales
Somalia	4.466 víctimas mortales
India	8.238 víctimas mortales
Turquía	1.461 víctimas mortales
Libia	1.413 víctimas mortales

* Global Terrorism Index 2017, creado por el Institute for Economics and Peace, y basado en el Global Terrorism Database (GTD).

Países con mayor actividad terrorista 2001-2017



Elaboración propia.

